31

ENRIQUE F. GUTIÉRREZ y FLORENCIO RIOL

¡No lo verán tus ojos!

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

¡NO LO VERÁN TUS OJOS!

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

ENRIQUE F. GUTIÉRREZ y FLORENCIO RIOL

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES de Barcelona,
el día 30 de Junio de 1908



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551
1909

A Nieves Suárez

con la más sincera gratitud,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EMILIA	NIEVES SUÁREZ.
MARÍA LUISA	SRTA. CARBONE (A.)
CARMEN	BEDOYA.
CIRO	JOSÉ SANTIAGO.
AZORÍN	SR. VILCHES.
SALAVERRIA	BONAFÉ.
COTARELO	MOLINERO.
ANASTASIO	PORTES.
UN NOTARIO	CABA.
UN CRIADO	RUIZ SANTIAGO.
CABO DE LA GUARDIA CIVIL	SALA.

Invitados de ambos sexos

Época actual.—La acción de los dos primeros actos en Madrid, la del tercero en Pasajes



ACTO PRIMERO

Un gabinete amueblado con sencillez. Al fondo, en el centro, balcón con cortinajes; á la derecha, un secreter; á la izquierda, una cómoda. En la lateral derecha, dos puertas, primero y tercer término; en segundo, chimenea, adaptada á la cual hay una estufa de cok. A la izquierda, primer término, puerta de entrada; segundo término, un sofá y butacas. Un velador, sillas, espejo, etc.

ESCENA PRIMERA

CIRO y AZORÍN

Al levantarse el telón la escena está sola: las puertas cerradas. Obscuridad completa. La puerta de la izquierda se abre con sigilo; Azorín y Ciro entran misteriosamente

CIRO — No nos ha visto nadie.
AZOR. — Si hemos entrado á obscuras. ¡Ciro! ¡Ciro! ¿Dónde estás?
CIRO — ¡Chits, chits!
AZOR. — ¡No me dejes solo!
CIRO — Cierra la puerta.
AZOR. — ¿Qué puerta? Si no veo.
CIRO — No hagas ruido.
AZOR. — ¿Pero quieres explicarme?
CIRO — Enciende una cerilla.
AZOR. — ¿No hay luz eléctrica en esta casa?
CIRO — Sí, pero no conviene tanta luz.

AZOR. Caracoles, voy sospechando. Oigo ruido. La policía.

EMILIA (Dentro.) Yo tengo un loro... (Cantando.)

CIRO Al balcón.

AZOR. ¡No! ¡Al balcón no! ¡Ay, qué malo me pongo, Ciro!

CIRO ¡Está aquí todavía!... ¡Apaga y ven acá corriendo! (Se cogen de una mano y van hacia el fondo. Azorín tropieza haciendo ruido.) ¡Animal, que nos vas á descubrir!... Aquí; al balcón. (Desaparecen detrás de los cortinajes de la ventana del fondo. Pequeña pausa en la que se sigue oyendo cantar á Emilia.)

AZOR. Oye, Ciro... yo no tengo costumbre...

CIRO ¿Qué dices, animal?

AZOR. Que no tengo costumbre de apoderarme de lo ajeno.

CIRO Calla, estúpido.

AZOR. ¡Qué guapa es!

CIRO Calla.

ESCENA II

EMILIA. CIRO y AZORÍN escondidos

Emilia sale de su habitación, da á la llave que hay en el muro y enciende una lámpara que hay sobre la chimenea; luego apaga la luz de la alcoba y viene cantando. Está vestida en traje de calle; ante el espejo arregla su sombrero. Después coge una carta que habrá en el friso de la chimenea y dice

EMILIA Vamos á ver. (Lee.) «Querida Lita: Te envío un palco para Novedades. Esta noche ponen un melodrama en veintidós cuadros y un epílogo. Te espero en la farola central de la Puerta del Sol. Si tú llegas antes que yo, aguárdame. La función empieza á las ocho.» (Mirando su reloj pulsera.) Las nueve menos veinte. He perdido lo menos tres cuadros... Y Ciro estará en la farola, desesperado... Vamos corriendo. (Coge un manguito que hay sobre el velador, apaga la luz y sale por la izquierda. Se oye echar dos vueltas de llave.)

ESCENA III

CIRO y AZORÍN

CIRO (Saliendo detrás de las cortinas y yendo á encender la luz.) ¡Se fué! Ya somos dueños del campo. (Enciende la luz.)

AZOR. (Saliendo.) Pero, oye... ¿Quién es esta mujer que ha salido?

CIRO Una señora que se va á Novedades.

AZOR. Eso ya lo he oído; pero...

CIRO Azorín... te he convidado á cenar, á condición de que me obedezcas de ocho á doce.

AZOR. Una ganzúa, un cortaplumas. ¿Vas á matar á alguien?

CIRO Si es para descerrajar ese mueble.

AZOR. ¡Ay, María Santísima!

CIRO Quítate el gabán y empecemos á maniobrar.

AZOR. ¿A maniobrar?

CIRO Tenemos los minutos contados. Hay que registrarlo todo.

AZOR. ¡Registrar los muebles!

CIRO ¡De arriba á abajo!

AZOR. Pero, esta casa, ¿de quién es?

CIRO ¡Vamos!

AZOR. ¿Y con qué derecho vamos á desvalijar estos muebles?

CIRO ¡Tú me perteneces esta noche!

AZOR. Vamos á ir á la cárcel.

CIRO ¡Azorín!

AZOR. Que me voy.

CIRO ¡No seas idiota!... ¿Cómo puedes figurarte que yo, Ciro Pidal, abogado del ilustre colegio de Madrid, ateneista y sociólogo, entre en casa extraña, para saquearla, como el último de los Rocamboles?

AZOR. Eso no importa; acuérdate de Raffles.

CIRO ¡Qué animal!

AZOR. Entonces... ¿quién es esa señora?

CIRO Emilia Berlanga, viuda de Rebolledo.

AZOR. ¿Rebolledo?

CIRO ¿Te suena ese nombre? ¿Algún suspenso que te largó el difunto?

AZOR. ¡Justo! En Derecho natural.

CIRO Precisamente. Pues esta es su viuda.

AZOR. ¿La viuda de Rebolledo? Y tú, ¿qué parentesco, qué relación tienes con esa señora?

CIRO ¿Qué relación?... No es momento de explicaciones. ¡Manos á la obra!

AZOR. No lo pienses. ¡No quiero ser tu cómplice!... ¡Mátame primero!

CIRO ¡Qué terco eres! ¿No comprendes que, para nosotros, las horas son minutos?... ¡Emilia, la viuda de Rebolledo, es mi novia!

AZOR. ¿Pues no firmas esta noche tus esponsales con María Luisa Salaverría?

CIRO A las diez y son las nueve. María Luisa es mi novia factible; la que será mi mujer dentro de unos días.

AZOR. ¡Qué lío!

CIRO Un lío del demonio.

AZOR. Yo me marcho. (Cogiendo el sombrero.)

CIRO ¡Azorín!... ¡Azorín! (Deteniéndole suplicante.) Te explicaré. Emilia es la viuda de Rebolledo.

AZOR. Ya lo sé.

CIRO Emilia era sobrina de Rebolledo. Este, al quedar ella huérfana, la recogió en su casa; y, pensando que al morir él, la chica se encontraría sola y en la miseria, para salvarla, dejándole una viudedad, á los setenta y tres años se casó con ella... Rebolledo había sido amigo de mis padres, y yo frecuentaba su casa. De este modo por su influencia, al cabo de diez años, pude terminar mi carrera de leyes.

AZOR. ¡Qué ganguero!

CIRO A poco de celebrar su matrimonio murió Rebolledo.

AZOR. ¡Claro!

CIRO ¡Claro!... Emilia hizo venir de Asturias á una vieja parienta, y se instaló... en ese balcón, dispuesta á acoger tiernamente al que quisiera consolarla en su viudez.

AZOR. ¿Y ese caritativo personaje fuiste tú?

CIRO ¡Naturalmente! Con el mayor entusiasmo la ofrecí mi mano... Pero surgió un pequeño obstáculo: Yo no tenía fortuna, y si nos casábamos, ella perdía su viudedad. ¿Qué hacer?... Azorín, ¿tú conoces el terrible suplicio de Tántalo?

AZOR. Sí, lo guillotinaron.

CIRO ¡No seas idiota! Tántalo... ¡Tántalo murió de sed á la boca de un pozo!

AZOR. De un pozo profundo...

CIRO Muy profundo; veía el agua y no podía beberla.

AZOR. Por primo. Yo, dispuesto á morir, me tiro al pozo y muero ahogado.

CIRO Pero es que á Tántalo le detenían sus cadenas, como á mí me detuvieron las circunstancias... ¡Cinco años, querido Azorín, aguardando una solución que no ha llegado! Cinco años de relaciones, que es lo mismo que leer los siete tomos del «Viaje al Nilo»; cuando has terminado de leer el último, conoces el gran río como si tú mismo hubieras abierto su cauce; pero... ¡no has estado en el Nilo!

AZOR. ¡Un quinquenio de relaciones!

CIRO Capaz de agostar el amor más lozano... En esta situación, harto ya de Emilia, de sus ternezas y de sus esperanzas, la fortuna me presentó á María, y me acogí á ella como á la tabla salvadora.

AZOR. Y desde aquel momento, ¿por qué no reñíste con ésta?

CIRO (Aterrado) ¡Reñir con Emilia!... ¡Le temo, le temo! Una mujer neurótica, exaltada, decidida, más valiente que un caudillo... de la antigüedad... En un tiempo quiso ser actriz, y la lectura de dramones y trajedias la trastornaron un poco... Además, ¡son cinco años de juramentos, de constancia y de resignación! Yo siento romper estas relaciones; pero no hay más remedio. He buscado un pretexto para dejar á Emilia, y ahora solo se trata de encontrar mis cartas, mis retratos y todo lo que pueda constituir una

prueba formal contra mí. Y en seguida corro á casa de María, firmo mi contrato de boda, y una vez firmado...

AZOR. ¡Admirable! A mí no se me hubiera ocurrido un plan tan perfecto.

CIRO Registrémoslo todo. (Registran.) Flores... cintas...

AZOR. ¡Ah! ¡Una sortija de oro y piedras!

CIRO Sí, ¡de oro!

AZOR. Pido parte.

CIRO Si es mía, ¡animal!

AZOR. ¡Es verdad! Chico, dispensa. Un medallón con cabellos.

CIRO ¿Rubios?

AZOR. Negros.

CIRO (Cogiendo el medallón.) Venga. Se lo regalé el día de su santo.

AZOR. (Revolviendo.) Un retrato tuyo.

CIRO Dame... (Revuelven.)

AZOR. No vamos á dar tan fácilmente con lo que más interesa.

CIRO Busca, busca. (Para registrar más cómodamente saca el cajón y lo coloca sobre una silla.)

AZOR. (Con un paquete en la mano.) ¡Aquí hay algo interesante!

CIRO ¿Qué?

AZOR. El borrador de una carta.

CIRO ¡A ver! (Cogiendo el papel.)

AZOR. «Me dice usted que me ama.» ¡Bravo! Ha caído en la ratonera. (Continuando la lectura.) «Pero yo no tengo más que un corazón y hace cinco años que lo he entregado. Guarde usted su fortuna, pues yo tengo otra que vale más que la suya: Ciro.—Emilia.» ¡Nos ha fastidiado!

CIRO ¡Es horrible!... ¡Seguramente es la única mujer fiel que hay en el mundo y he tenido la desgracia de que me toque!

AZOR. Bueno; sigamos buscando. (Azorín busca en otro cajón.)

CIRO Sí; busquemos...

AZOR. ¡Aquí, en este cajón están!

CIRO ¿Son mis cartas?

AZOR. Creo que sí; mira. (Se las da.)

CIRO (Examinándolas.) ¡Estas son!... Estamos salvados. (Se las guarda.)

AZOR. ¿No hay que buscar más?

CIRO No... Ahora volando á casa de María... Es tarde; seguramente llegaré con retraso.

AZOR. ¿Y se va á dejar esto así? (Por el desorden de cajones, etc.)

CIRO ¡Es verdad!.. Hagamos una cosa; mientras yo arreglo esto, vé tú á buscar un coche.

AZOR. ¿Vuelvo á buscarte ó te espero abajo?

CIRO Si yo no he bajado antes, sube á avisarme. Toma el llavín.

AZOR. Perfectamente. (Coge su sombrero y la capa y sale.)

CIRO ¡Dios mío, si cansada de esperar.. que no venga... que no venga! ¡Pronto, pronto!

ESCENA IV

CIRO; al final EMILIA

CIRO (Se pone el gabán y el sombrero.) Volvamos á colocar todo tal como estaba. ¡Pobre Lita! ¡He aquí el premio de la constancia!

La constancia,
tirana d'il coure...

(Se oye ruído en la puerta.)
¿Eh? ¿Azorín? ¿qué pasa? ¿por qué vuelves? ¡Emilia! ¡María Santísima!

ESCENA V

CIRO y EMILIA; luego AZORÍN

EMILIA ¡Cómo!... ¿Tú aquí? ¿Tú en mi casa á esta hora? ¿Sin avisarme?

CIRO (Pretendiendo serenarse y con gravedad.) Sí... He aguardado inútilmente hasta las ocho y media...

EMILIA A esa hora en punto llegué yo y he estado aguardando... Pero ¿cómo has entrado aquí? (Se ha quitado el sombrero y al ir á dejarlo sobre la

cómoda ve el desorden de los muebles.) ¡Qué es esto!... ¡Qué significa este desorden!

CIRO (Aparte.) Hay que tener aplomo. (Alto.) Es bien sencillo: ¡no puedo consentir!...

EMILIA ¿Qué?

CIRO (Con entonación dramática.) ¡Estoy celoso!

EMILIA (Asombrada.) ¡Tú!... ¿de mí?... (Transición; riendo.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué necio eres!

CIRO Tengo un manojo de serpientes enroscadas en el corazón.

EMILIA ¡Dios mío!... ¿Por qué?... ¿Qué motivos?...

CIRO ¡Emilia... tengo la evidencia de que me engañas!

EMILIA (Indignada.) ¡Mentira, mentira! Eso es una infamia...

CIRO Sé que todos los días te visita un joven.

EMILIA ¿A mí?

CIRO He querido convencerme, y para ello he urdido la extratagema de Novedades. En tu ausencia he comenzado á hacer mis pesquisas.

EMILIA ¡Bien!... ¿Y qué has encontrado?

CIRO Nada, hasta ahora; pero...

EMILIA (Indignada, enseñándole los cajones.) ¡Ahí tienes!... ¡busca, registra cuanto quieras!

CIRO (Escuchando ruido en la puerta. Aparte.) Azorín... (Alto.) ¡Ah! ¡qué idea!

EMILIA ¿Qué?

CIRO ¡Abren la puerta!

(Azorín aparece en la puerta.)

AZOR. ¡Señora!

EMILIA ¿Quién es usted?... ¿Qué viene á hacer aquí? ¿Quién le ha dado esa llave?

CIRO Es inútil fingir, señora.

EMILIA ¡Pero puedes creer!... ¿Quién es usted?...

AZOR. ¿Yo? Nadie... nadie... Me he equivocado de cuarto. Así es que... buenas noches.

EMILIA No. No saldrá usted sin haberse explicado.

CIRO Sí; me daréis una explicación.

AZOR. Hombre, ¿tú también?

CIRO ¿Cómo?

AZOR. ¿Usted también?

CIRO Calla.

EMILIA Pero, diga usted algo...

CIRO (Marcándolo mucho.) ¡Ni una palabra!... Salga usted

EMILIA De ningún modo. Este hombre es un ladrón, y ahora mismo grito: ¡ladrones!

AZOR. Yo no, yo no: ha sido este. (¡Esto ya es imposible!) Señora...

CIRO En este asunto, no es la policía la que debe intervenir. Esta es mi tarjeta. (Alargándole una.)

AZOR. (Tomándola y leyendo.) Angel Salaverría.

CIRO Mi suegro. Dispense usted. Me he equivocado. Esta es la mía. (Dándole otra.)

AZOR. Tome usted la mía. (Le da la suya, que coge Emilia.)

EMILIA ¡Un duelo! ¡Jamás!

AZOR. (Bajo á Ciro.) ¡Ya me las pagarás!

EMILIA (Que ha leido la tarjeta, se coloca con los brazos en jarras, y cambiando de tono y expresión, dice:) Bueno; cuando hayais terminado la comedia...

CIRO (A Azorín.) Salgamos, caballero.

AZOR. Es lo que estoy deseando.

EMILIA (Dándole la tarjeta.) ¿Pero Azorín es un amigo tuyo?

CIRO Yo no conozco á este señor.

AZOR. (Al cual Ciro hace señas.) ¡Ojalá! Yo á usted tampoco.

EMILIA ¿De veras?... ¡Has olvidado que hace días me estuviste contando las necedades de este majadero!

AZOR. Oiga usted, señora. (¡Qué bruto!)

EMILIA ¡Es muy caballeresco el papel que ha estado usted representando!

AZOR. (Muy turbado.) Señora, crea usted...

EMILIA Fuera de aquí ó tendré que echarlo con las tenazas.

CIRO Es el mejor partido. Marchemos.

EMILIA (Deteniendo á Ciro.) No; tú no. Tenemos que hablar.

CIRO (Bajo á Azorín.) Aguárdame abajo. Las diez menos cuarto.

AZOR. ¡Gracias á Dios! (Sale Azorín.)

ESCENA VI

EMILIA y CIRO

CIRO (Mirando el reloj. Aparte.) ¡Las diez menos cuarto!

EMILIA (Con seriedad.) ¡Ahora haz el favor de explicarme seriamente qué significa todo esto!

CIRO ¡Emilia!

EMILIA ¡Has querido plantarme; huir de mí!... ¡No tenías necesidad de emplear estos medios!

CIRO (Aparte.) ¡Acabemos!

EMILIA Háblame con franqueza; es mejor... Hace tiempo que noto en tí algo extraño...

CIRO Pues que lo quieres, sea. ¡Es verdad!

EMILIA (Rompiendo á llorar.) ¡Oh! (Va al canapé y llora amargamente.)

CIRO (Yendo hacia ella.) ¡Anda con Dios!... Emilia... Yo quería evitarte este momento terrible... Nuestro porvenir es cada día más dudoso, ¡He tomado una resolución definitiva; me voy á América!

EMILIA (Alzándose indignada.) ¡Mentira, mentira! ¿Crees que yo no te conozco?... ¡Tú eres incapaz de ir de aquí á Carabanchel!

CIRO (Aparte.) ¡Es verdad!

EMILIA ¿Y para marcharte á América vienes de frac á registrar mi casa?... ¡Infame!... ¡Un hombre al que he sacrificado toda mi juventud, toda mi vida!

CIRO (Pretendiendo calmarla.) Lita, es preciso entrar en razón... Un día ú otro esto debía ocurrir. (Seatándose á su lado. Sentenciosamente.) ¡Todo acaba!... Los amores que duran eternamente, solo existen en la poesía, en la novela. Tú has leido muchos folletines y no puedes ver la vida por su lado real.

EMILIA (Volviéndose rápidamente.) ¿Pero es que quieres á otra?

CIRO (Sorprendido por la pregunta.) ¡No he dicho eso!

EMILIA (Exaltada, poniéndose en pie.) ¡A otra!... ¡Nada

más que la idea me pone fuera de mí! ¡Tú te figuras que yo he de dejarme burlar; que yo he de perder mi derecho á ti, mi derecho!... ¿Lo oyes? ¡Mi derecho! ¡Cinco años de fidelidad y de esperanza!

CIRO ¡Cinco años!

EMILIA ¡Su nombre, sus señas, y ahora mismo voy á su casa!... ¡Su nombre, Ciro, su nombre! ¡Tú no me conoces!

CIRO ¡Todo esto es ridículo! (Sacando su reloj.) Tengo prisa.

EMILIA (Cambiando de tono y suplicante.) ¡Ciro! (Aparte.) No conseguiré nada por la violencia. (Alto.) Tú no ves que matas todas las ilusiones durante tanto tiempo acariciadas.

CIRO Exageras...

EMILIA (Aparte.) Es preciso descubrir su plan. (Alto.) Decirme que todo ha terminado, que no te veré más. ¡Oh! (Pausa.) ¡Si fuera para resolver definitivamente tu porvenir!... ¡Aunque fuera para casarte!..

CIRO (Aparte.) ¡Anda!

EMILIA Quizás me resignara... Ya no eres tan joven... nuestra situación es cada día más incierta... ¡quién sabe aún el tiempo que habríamos de aguardar!..

CIRO ¡Mucho... mucho tiempo!

EMILIA Es muy natural que pienses en el porvenir.

CIRO ¡Lita... he sido un infame! ¡Te he engañado! Pero tengo disculpa; la disculpa de las circunstancias. ¡El hombre es juguete del destino!

EMILIA ¡Si tuvieras un destino!

CIRO ¡Si lo tuviera! Pero sólo tengo el de la adversidad; por eso no soy culpable. Lita, ¿me perdonarías si te dijera que, efectivamente, voy á casarme?

EMILIA Moriría de pena, pero hay que ser razonable. A tu lado, yo me prometía la felicidad; si no puedo lograrla, tampoco puedo oponerme á la tuya.

CIRO Eres muy generosa, y puesto que piensas de esa manera tan razonable, te lo diré todo. La verdad: voy á casarme.

EMILIA ¡Ah! (Llora. Aparte.) ¡Y me lo dice el miserable!

CIRO No llores.

EMILIA (Secándose los ojos.) No lloro. (Aparte.) ¡Tú sí que vas á llorar!

CIRO (Aparte.) Menos mal.

EMILIA Y, ¿cuándo es la boda?

CIRO El matrimonio se ha retrasado, porque esperaba á mi hermana, la mujer de Montenegro, que debía llegar de Guadalajara; pero ha escrito que es imposible el viaje

EMILIA ¿Y no vendrá?

CIRO Tiene enfermo á su hijo. La boda se celebrará dentro de seis días. Esta noche, de diez á once, firmaremos el contrato.

EMILIA ¡Y por eso has venido á registrar mi casa!

CIRO (Sacando el reloj.) Son las diez menos cinco; es absolutamente necesario... ¡Adiós, Emilia!...

EMILIA (Suplicante y haciendo pucheros.) ¡Sólo cinco minutos!

CIRO Bueno, cinco minutos. (Se sienta.)

EMILIA Me sentaré á tu lado, como en otro tiempo.

CIRO Las diez menos tres.

AZOR. (Desde la calle.) ¡Ciro!... ¡Ciro!

CIRO Es Azorín. El coche está aguardando... ¡Emilia!

EMILIA ¡Oh! ¡Un minuto, el último!

CIRO (Resignándose.) ¡Un minuto! ¡No te podré olvidar!

EMILIA ¡Sólo tendré un consuelo: saber que eres feliz!

CIRO (Sinceramente.) Yo te prometo...

EMILIA (Interrumpiéndole.) Y dime, ¿es bonita?

CIRO Bastante.

EMILIA ¿Rubia ó morena?

CIRO (Poniéndose los guantes.) Morena; un moreno africano.

EMILIA ¿Y se llama?

CIRO Treinta mil duros.

EMILIA (Aparte.) ¡Canalla! (Alto.) Te pregunto cómo se llama.

CIRO María Luisa.

EMILIA María Luisa, ¿qué?

CIRO Salaverría. Hija única.

EMILIA ¿Huérfana?

CIRO No; tiene padre (Mirando el reloj.) (que me va á recibir á patadas...) Es un buen hombre, que nos cede la mitad de su piso en la calle de Isabel la Católica, trece. (Mirando el reloj.)

EMILIA Número trece, mal agüero.

CIRO (¡Las diez y cinco!) ¡Abrázame!... ¡Adiós!

EMILIA Adiós... ¡no! ¡No te lo creas!

CIRO (Estupefacto.) ¡Cómo!

EMILIA ¿Pero, tú mismo no estás admirado de mi paciencia?... ¿No te asombras de que te haya escuchado y de que estés todavía vivo, con la lengua, los ojos y cada parte de tu cuerpo en su sitio?

CIRO ¡Emilia!

EMILIA ¡Cinco años pensando en ti, no viviendo sino para ti!... Resistiendo á súplicas y seducciones, para que un día llegues á decirme: «Adiós, me caso con una señorita linda y rica, ¡y de tez africana! ¡*No lo verán tus ojos*! porque antes te los sacaré yo. (Yendo hacia él dispuesta á hacer lo que dice.)

CIRO (Aparte, con rabia.) ¡He sido un imbécil! ¡me cogió de primo! (Emilia va á la puerta, echa la llave y la quita.) ¿Qué pretendes hacer?... ¡Dame la llave!

EMILIA ¡De aquí no se sale!... ¡No te casarás jamás, jamás, jamás! ¡*No lo verán tus ojos*! (Abre el balcón y tira la llave.)

AZOR. (Desde abajo.) ¡Eh, eh, que estoy yo aquí!

EMILIA ¡Ya está fresco el imbécil que te aguarda! (Cierra la ventana.)

CIRO ¡Has tirado la llave! ¡Esto es un secuestro!

EMILIA ¡Qué me importa!

CIRO (Desolado, paseando por la escena.) ¡Y los convidados aguardándome: mi suegro, mi prometida, el notario!... ¿Qué disculpa voy á dar?

EMILIA (Va al secreter y se pone á escribir.) Señor juez, no se culpe á nadie de..

CIRO ¡Imbécil, idiota, animal! ¡Haberle confesado todo!... ¡Emilia! ¡Emilia! ¿Qué estás haciendo?...

EMILIA ¡Qué te importa!

CIRO ¡Es verdad! (Pausa.) ¡Emilia!

EMILIA ¡Ya está! (Yendo hacia la estufa.) ¡Ahora nos asfixiaremos!

CIRO ¿Qué pretendes?

EMILIA ¡Separados en la tierra, unidos en el cielo!

CIRO ¡Un suicidio!

EMILIA Es nuestro único recurso; no me niegues esta última prueba de amor.

CIRO ¡Estás loca!... ¡Abre, aire! (Va á abrir el balcón y Emilia se lo impide.) ¡Emilia!

EMILIA ¡Desdichado, tienes miedo á la muerte!

CIRO ¡Déjame abrir ó rompo todos los cristales!

EMILIA ¡Qué vas tú á romper! (Despreciativa.) ¡Abre!... ¡Veo que no queda en ti ni un rastro de amor!

CIRO ¡Emilia, hablemos seriamente!... El mal está hecho, y ni tú ni yo podemos evitarlo; pero ¡tendrás tú venganza! Y ya sabes que, para una mujer, la venganza es lo principal... ¿Puedes creer que, aunque yo me casara con la mismísima madama Pompadour, podría olvidarte? (Con énfasis, como trayendo un supremo argumento.) Si tu corazón no te dice que yo volveré siempre á ti como vuelve... como vuelve la golondrina á su nido, es que no me has amado nunca.

EMILIA ¿Volver á mí? ¿Por quién me has tomado?

CIRO ¿Tú no crees en la vida del espíritu?

EMILIA Lo que creo es que piensas engañar á otra desdichada como lo has hecho conmigo.

CIRO Lita, compadéceme. Mi situación es horripilante... ¡De un día á otro, cualquiera de esos á quienes he firmado pagarés y letras y escrituras, pueden mandarme á la cárcel! Ahora mismo apenas quedan calles en Madrid por donde pueda transitar, sin miedo á que me salga un acreedor de cada puerta.

EMILIA Si eso es cierto, sólo un remedio te queda: Tener un momento de verdadera energía: arrostrarlo todo... ¡y casarnos!

CIRO ¡Casarnos!

EMILIA Sí. Desde mañana empezaré á buscar trabajo.

CIRO ¿Tú?

EMILIA Yo misma. Sabes que soy una mujer edu-

cada á la moderna: sé música, francés, contabilidad, mecanografía... A mí no me asusta la lucha por la vida ni el trabajo; sobre todo, si á ello me lleva el amor.

CIRO ¡Qué locura! ¿Crees tú que yo podría admitir que una mujer?...

EMILIA (Interrumpiéndole.) ¡Oh, qué vulgaridad! En todos los países adelantados, la mujer trabaja como el hombre: la carga se reparte.

CIRO Todo eso, tú lo has dicho antes, es un sueño. Lita, ¡la vida es un eterno sacrificio! Sacrificio de amor, sacrificio de felicidad..

CIRO (Las diez y media.)

EMILIA ¡Qué me quieres decir!

CIRO Déjame marchar.

EMILIA ¡Marchar!... No, Ciro, no. ¡Muertos ó vivos, saldremos los dos juntos, *ó no saldrá ninguno*!... ¡La vida comienza ahora para nosotros!

CIRO (Aterrado.) ¡Comienza ahora! (Transición; después de una brevísima pausa y como convencido de que es verdad.) Sí; es verdad; comienza ahora... ¡Ahora, ahora comienza!

EMILIA (Cariñosísima.) ¡Para no terminar nunca, nunca!

CIRO ¡Jamás!... Haré lo que tú quieras, lo que tú dispongas de mí: ¡la vida empieza ahora! (Aparte.) ¡Qué hacer; cómo huir de aquí!

EMILIA (Frente á él mirándole con ternura.) ¡Ciro!

CIRO (Idem.) ¡Lita!

EMILIA ¡Qué harías tú sin mí!

CIRO Es verdad: aburrirme.

EMILIA ¡Vivir tú sin mí!

CIRO ¡Jamás, jamás! ¡He estado loco; contigo he de vivir; contigo á quien amo!

EMILIA ¡Ciro! (Mirándole fijamente.) ¿Qué tienes?

CIRO ¿Me lo preguntas?... ¡Mis nervios no resisten emociones tan violentas! (Deja caer la cabeza entre las manos.)

EMILIA (Separándole las manos de la cara.) ¡Ciro, Ciro mío!

CIRO ¡No es nada!... algo de mareo...

EMILIA ¿Te sientes mal?

CIRO ¡Sí!...

EMILIA (Yendo hacia la alcoba.) Aspira un poco de colonia y éter.

CIRO No, no... una taza de té.

EMILIA ¡Ya lo creo!... En un momento estará hecho; voy á prepararlo todo.

CIRO (Con voz condolida.) ¡Sí! (Emilia sale por la primera puerta de la derecha. En el momento en que ha desaparecido, rápidamente, Ciro va al balcón y se le oye llamar.) ¡Azorín!... ¡Azorín! (Se retira del balcón y viene á asomarse á la puerta por donde salió Emilia; escucha. Luego va á la puerta de entrada, descorre los pestillos, y agarrando el cerrojo, tira apoyando un pie en la pared. De repente deja de tirar y dice:) ¡Alguien abre!

AZOR. (Fuera.) ¡Ciro!

CIRO ¡Azorín! (La puerta se abre y aparece Azorín.)

ESCENA VII

CIRO y AZORIN

CIRO ¿Cómo has podido entrar?

AZOR. El chichón te lo perdono; pero me debes un sombrero.

CIRO Nos hemos salvado. Ya te lo pagaré. (Cogiendo su capa y su sombrero.)

AZOR. El coche aguarda hace una hora. Vamos.

CIRO ¡Y hace una hora que me aguardan á mí para firmar mi contrato! Pero he sido un imbécil. Le he dicho las señas de mi novia, irá á armarme un escándalo.

AZOR. No hay cuidado. Echaremos las dos vueltas en la cerradura y dejamos la llave puesta por fuera; de este modo no podrá salir.

CIRO ¡Admirable! (Salen y se oye echar dos vueltas de llave.)

ESCENA VIII

EMILIA

(Aparece por el primer término derecha, trayendo una pequeña bandeja con un azucarero, una taza y una botella de agua.) Dentro de un instante esta-

rá hecho el té... ¡Ciro!... ¡Ciro!... (Deja la bandeja en el velador y va á asomarse á la alcoba.) ¡No está!... ¿Cómo ha podido huir? (Va á la alcoba entra y vuelve al instante con una llave é intenta abrir la puerta de entrada.) ¡Se ha burlado de mí!... ¡Firmará esta noche su contrato de boda, y lo habré perdido para siempre! ¡No; no es posible; no firmará! ¡Ciro!... ¡Ciro!... ¡Socorro! ¡Socorro!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón en casa de Salaverría. Puertas al fondo y á derecha é izquierda. En el centro de la escena, una mesa. Sobre ésta, dos candelabros, papel y un timbre. Al fondo, á la izquierda, un velador, sobre el cual hay un ramo de flores y otro candelabro. Butacas y sillas repartidas.

ESCENA PRIMERA

SALAVERRÍA, MARÍA-LUISA, un NOTARIO, INVITADOS y un CRIADO al fondo

(Al levantarse el telón todos los personajes están sentados, unos en torno de la mesa, sobre la cual está el contrato de boda; otros en las butacas. El Notario, sentado en el centro; á su derecha, María-Luisa; después, Salaverría; á la izquierda del Notario, una silla vacía. Todo el mundo ronca y duerme con distintos diapasones Es de día. Las bujías arden aún, casi consumidas en los candelabros. Al levantarse el telón, el reloj da las siete.)

ESCENA II

DICHOS y ANASTASIO

ANAS. (Pálido y despeinado, entra rápidamente por la derecha y se dirige á Salaverría.) ¡Señor!... ¡Don Pablo! (Salaverría ronca.) ¡Está roncando! (Examinándolos á todos.) Y la señorita María Luisa

también... Y el notario... con las gafas puestas. (Ronquido estrepitoso del Notario.) Ya se ve; todos se han dormido alrededor del contrato, esperando al novio. (Dando un golpecito á Salaverría.) ¡Señor!

SAL. (Como despertando.) ¡Insensato!

ANAS. Sueña con su yerno. A mí no me llama más que imbécil. ¡Señor! (Ronquido general.) Pero es completamente de día; es preciso despertarlos. (Coge el timbre de la mesa y empieza á hacerle sonar.) ¡Señor! ¡Señor!

SAL. (Levantándose sobresaltado.) Pase, pase.

TODOS (Despertándose.) ¡Qué ocurre!

SAL. (Viendo á Anastasio.) Anastasio... ¡qué!... ¿mi yerno?

TODOS ¿El novio?

M. LUI. ¿Ciro?

SAL. ¿Qué noticias traes?

ANAS. ¡Señor!... Voy á explicar á usted.

SAL (Interrumpiendo y mirando al reloj.) Pero son las siete de la mañana y cuando te envié á buscarle era media noche.

ANAS. Así es, señor; pero permítame explicar lo ocurrido... He estado tres veces en casa del novio. Cuando llegué eran las doce y cuarto; la portera estaba recogiéndose el pelo para acostarse. ¿Ha venido don Ciro?—le he preguntado.—No.—¡Es extraño!—Y partí.

SAL ¿Después?

ANAS. La segunda vez, eran las dos de la mañana. El sereno no había visto entrar á don Ciro. Por último, á las cinco de la madrugada, he vuelto á ir y he subido al piso. He llamado, he echado la campanilla abajo, y viendo que no me abrían, he comenzado á golpear la puerta gritando: ¡Don Ciro! ¡Don Ciro! De pronto, del piso inmediato, ha salido un señor con un bastón y ha empezado á darme tantos palos como golpes había dado yo en la puerta. Protesté de este atropello, pero el señor gritaba...

SAL. ¡Pero mi yerno!

ANAS. Aguarde usted... A los pocos momentos, todos los vecinos de la casa estaban en la es-

calera, pidiendo á gritos mi cabeza. Por último, la portera, en camisa, ha llamado al sereno, y sin que valieran mis protestas, ese animal me ha llevado á la comisaría.

SAL. ¡Imbécil!

ANAS. Eso le decía yo; pero me dió un golpe con el chuzo...

SAL. El imbécil eres tú... ¿Y mi yerno? ¿y mi yerno?

TODOS Sí, sí, ¿y el novio?

M. LUI. ¿Y Ciro?

ANAS. Yo empiezo á creer, que esta noche no ha ido á su casa.

SAL ¡Y el contrato aguardándole!

M. LUI. Y yo estoy mala, papá.

UNO ¡Es monstruoso!

OTRO Eso es inicuo.

(Anastasio, ayudado por una criada, pone las sillas en orden, apagan las bujías y retiran la mesa.)

SAL. ¿Qué opina usted de todo esto, señor Notario?

NOT. (Bostezando.) Ini-ma-gi-nable.

SAL. (Aparte.) Está cayéndose de sueño. (Alto.) Amigos, mis queridos amigos. (Tapándose la boca para bostezar.) Debéis estar estenuados .. ¡Toda la noche en una silla!... Vamos, vamos al comedor á entretener el cansancio con unos dulces y una copa de Jerez .. ¡Eh, Anastasio .. pronto!

ANAS. (Medio dormido.) Corriendo, señor.

SAL. Un ligero desayuno nos vendrá bien. Yo voy á recorrer Madrid de punta á punta: es necesario que encuentre á mi yerno.

TODOS Sí, es preciso...

(Anastasio conduce á todos hacia el fondo; María Luisa y Salaverría quedan los últimos.)

ESCENA III

MARÍA LUISA y SALAVERRÍA

SAL. (Mirando al notario, que sale el último.) Parece que el notario está mal de los riñones. (Como tomando una determinación.) Vamos... pronto... Mis guantes, mi sombrero, mi bastón...

M. Lui. Papá, es inútil; no vaya usted á buscarle: después de lo ocurrido no me casaré.

Sal. ¡Hija mía! cálmate y seamos lógicos...

M. Lui. No, no... Yo no quiero servir de burla y dar que hablar á la gente. De ningún modo perdonaré un desaire, una falta de consideración semejante... Ahora mismo voy á desnudarme.

Sal. ¡María Luisa! no te quites ni un solo alfiler. ¡Seamos razonables! ¿No es claro como el agua que si Ciro no ha venido es porque no ha podido venir?

M. Lui. ¡Claro! Eso mismo hace sospechar...

Sal. Perfectamente; eso es lógico. Hace sospechar, en efecto; pero, ¿y si un asunto imprevisto?...

M. Lui. ¡Oh!... En este caso es imposible.

Sal. ¡Hija mía! Si tú hubieras vivido treinta y cinco años como yo, dedicado al comercio de corcho, sabrías que nada es imposible en la Naturaleza. Todos los días vemos salir de su casa á un joven enguantado y encharolado, de corbata blanca para ir á firmar su contrato, y de pronto, en mitad de la calle, ¡crac!

M. Lui. ¿Qué?

Sal. Un accidente; una teja, el cañón de una chimenea, un tiesto de flores, un automóvil, un policía de mirada de águila que le toma á uno por un ruso peligrosísimo.

M. Lui. ¡Oh! ¡Yo no creo en esos dasatinos!

Sal. Yo lo tengo todo en cuenta. Anteayer, al saber que su hermana no podía asistir á la boda. decidimos que el contrato se firmaría aquí y que el matrimonio se había de celebrar en Pasajes, como ya teníamos concertado... Es posible que su hermana lo haya llamado.

M. Lui. ¡Imposible! A la hora en que salió ayer de aquí no había tiempo de ir á ninguna parte. Además, cualquiera que haya podido ser el obstáculo, ¿por qué no avisarnos? ¿Por qué no poner dos renglones diciendo: pasa esto?

Sal. Es verdad... Despues de la noche que he

pasado no doy pie con bola. Pero el misterio se ha de aclarar. Tú mientras tanto cálmate; procura distraer á los invitados, al notario sobre todo. Puedes tocar algo al piano.

M. LUI. ¡Buen humor tengo yo para tocar el piano! (Se oye el ruido de un coche.)

SAL. (Escuchando.) ¡Aguarda!... Un coche se ha parado á la puerta .. ¡Es él!... Tiene que ser él...

M. LUI. Si es él, es que no está muerto, y si no está muerto no tiene disculpa.

SAL. Eso es lógico... pero demasiado avanzado... Contemporicemos y aguardemos su defensa. (Va hacia la puerta de la derecha.)

M. LUI. ¡No, no! No hay defensa posible! (Viendo entrar á Azorín.) No es él. ¡Me alegro!

SAL. (Desolado y con extrañeza.) ¡Un desconocido!

ESCENA IV

DICHOS y AZORÍN. Después ANASTASIO y un CRIADO

AZOR. (Trae una venda de gasa que le coge toda la frente. Saludando con embarazo desde el dintel de la puerta de la derecha.) ¿El señor... Salaverría?

SAL. Yo soy, caballero: Salaverría, Pablo Salaverría.

AZOR. (Entrando y saludando.) Azorín... Juan Azorín. (A María Luisa.) ¡Señorita! (Aparte.) La novia sin duda. Es muy linda.

M. LUI. (Aparte.) Es simpático este joven.

SAL. Dispensad, señor... Estoy tan impaciente...

AZOR. ¡Señor Salaverría!... Yo he sido delegado cerca de usted como parlamentario... (Aparte.) Hablemos con estilo. (Alto.) Como parlamentario de uno de mis amigos: don Ciro Pidal.

SAL. (Alegrándose.) ¡Mi yerno!

M. LUI. ¡Mi novio!

SAL. ¡Ah, mi querido amigo! Y bien, ¿cómo está? ¿Ha muerto?

AZOR. No.

M. LUI. Le hemos estado esperando toda la noche...

SAL. ¡Sí; toda la noche!

AZOR. ¡Lo suponíamos... y lo lamentábamos profundamente .. hondamente... lastimosamente! (Con expresión de gran sentimiento.) El me ha encargado que venga á presentar á ustedes sus excusas. Además, yo se lo he exigido.

SAL. ¡Señor... será difícil!

M. LUI. ¡Oh, sí... Muy difícil.

SAL. Muy difícil... si es que vive. (Bajo á su hija.) Ya ves que me convenció tu idea. (Alto.) Esta noche pasada no ha ido á dormir á su casa. Lo sé por mi criado, al cual han tullido á palos frente á su puerta.

AZOR. ¡Oh!... Ignorábamos este pequeño accidente. En efecto, Ciro no ha pasado la noche en su casa. Yo vine ayer de mi pueblo para asistir á su boda.

SAL. ¡Señor, ese honor nos honra!... Pero hablad pronto... Díganos usted. Yo espero cualquier anomalía del Destino. ¡Todo es posible en la vida de la Naturaleza!

AZOR. ¡Justo; un extraño accidente, que ha podido tener fatales consecuencias.

SAL. (A su hija.) ¿Lo ves?... Ya lo había yo dicho. ¡Mira si había motivo para no venir!

M. LUI. ¿Y está herido?

AZOR. El, no. En el accidente, del cual todos hemos sido víctimas, ustedes, Ciro y yo, no se ha derramado más sangre que la mía. (Señalándose á la venda que trae en la cabeza.)

SAL.
M. LUI. } ¡Usted!

AZOR. ¡Una herida sin importancia!

SAL. ¿Un duelo quizás?

AZOR. No... Como les he dicho, yo llegué ayer, invitado por Ciro, para asistir á la ceremonia de firmar el contrato... de su felicidad. A las siete de la tarde vino Ciro á buscarme para que comiéramos juntos. Una cena de ¡adiós! á la vida de soltero. Al salir del Inglés tomamos un coche para acudir á la ceremonia. El acto que se iba á celebrar se prestaba á hondas reflexiones filosóficas, y en el interior del simón, Ciro y yo, filosofábamos.

SAL. Es muy lógico.

AZOR. ¡Todo es lógico menos la vida, y la única filosofía es la de lo imprevisto!... Cuando más profundas eran nuestras reflexiones, sentimos muy próximo el trompeteo de una bocina; el coche dió un desvío rápido; se oyeron varios apóstrofes, un grito y fuimos arrollados.

M. LUI. ¡Jesús! (Pausa.)

SAL. Siempre lo he dicho: Mientras los automóviles no se construyan al contrario; es decir, que la máquina quede atrás, y lo que primeramente dé la cara sean los viajeros, continuamente habrá atropellos.

M. LUI. Continúe usted.

AZOR. En realidad, el accidente apenas ha tenido importancia. Destrozos en los dos vehículos, y un cristal que al saltar por efecto del choque me produjo esta herida; pero con tal derrame de sangre, que antes de llegar á la Casa de Socorro había perdido el conocimiento.

M. LUI. ¡Qué horror! ¿Y Ciro?

AZOR. Ciro, al verme en tal estado, no permitió separarse de mí.

M. LUI. ¿Y por qué no avisarnos?

SAL. Haberme mandado llamar.

AZOR. Sí, es verdad; pero... se creyó que era cosa de un momento... echar unos puntos. (Haciendo como quien cose un saco.)

SAL. ¿Y hubo que coser mucho?

AZOR. No sé. Yo estaba desvanecido... Lo importante era contener la hemorragia... ¡Salía un caño!

SAL. ¡Qué barbaridad!... Y lo raro es que no se le conoce á usted nada. ¿No es verdad, María?

M. LUI. No; nada.

AZOR. Yo soy muy fuerte... (Aparte.) Me parece que me he excedido en lo del caño.

SAL. Y, bien, ¿Ciro, mi yerno?

AZOR. Ciro está abajo.

M. LUI. ¿Está abajo?

SAL. ¿Y qué hace?

AZOR. No ha querido subir, á pesar de mis razo-

nes, hasta que yo explicara lo ocurrido y le perdonaran el plantón que les ha dado toda la noche.

SAL. Verdaderamente, yo me había impuesto de toda mi severidad, y ahora mismo me disponía á buscarle para exigir de él una reparación. Pero en vista de la causa que ha motivado su retraso, le perdono; le perdonamos. ¿No es así, María Luisa?

M. LUI. Si usted lo cree...

SAL. Es justo; vamos á buscarlo.

AZOR. No se molesten. Yo iré á comunicarle la ansiada respuesta.

SAL. De ningún modo. Estará usted débil y la escalera... Anastasio, ¡pronto!

ANAS. Señor.

SAL. Vé abajo, donde encontrarás á mi yerno. Dile que puede subir, que le aguardamos.

AZOR. Señor Salaverría, no esperaba otro proceder en usted, y habiendo sido yo la causa...

SAL. No tiene nada que decirme. Yo he sufrido mil accidentes. Un día me disponía á salir para comprar una gran partida de corcho...

ESCENA V

DICHOS y CIRO, por la derecha

CIRO (Tímidamente.) ¿Se puede?

SAL. ¡Mi yerno! ¡Ciro!

CIRO Papá... María Luisa. Señores.

SAL. ¡Nada!... No tengas temor ni cortedad.

CIRO Podeis creer que he pasado la noche más amarga de mi vida. ¡Oh! ¡amor mío! ¡encanto mío! querido papá suegro.

SAL. No me has de dar más explicaciones... El señor...

AZOR. Azorín... Juan Azorín...

CIRO Es un amigo del alma.

SAL. Ahora todo está dispuesto. Los amigos y el señor notario han pasado aquí la noche... nada puede impedirnos el llevar á cabo nuestro objeto. ¡Anastasio! (Llamando. Cuando

éste ha entrado, dice.) Coloca la mesa como estaba. Yo voy avisar á los invitados y á explicarles lo sucedido. Vamos, hija mía.

CIRO ¡Adiós, encanto! ¡amor mío! querido papá suegro.

ESCENA VI

CIRO y AZORÍN

CIRO ¿No han dudado? ¿No han dudado?

AZOR. ¡Nada! No puedes quejarte.

CIRO Estoy sobre ascuas. Yo mismo me he tendido las redes.

AZOR. Has estado á la altura del más simple cadete.

CIRO Mientras no esté firmado el contrato, espero por momentos que se desbarate la boda y que me echen de aquí poco menos que á patadas.

AZOR. Suprime el poco menos.

CIRO Emilia no ha de resignarse, y lo que me extraña es que no haya venido ya; que no haya comenzado su venganza.

ESCENA VII

DICHOS; SALAVERRÍA, MARÍA LUISA é INVITADOS, por el fondo

SAL. (Entrando seguido de los invitados.) Aquí le teneis, y aquí está también nuestro querido amigo el señor...

AZOR. Azorín... Juan Azorín.

SAL. Azorín, Juan Azorín. Víctima del desdichado accidente.

CIRO Señores, no sé cómo expresaros mi sentimiento. ¡Oh, amor mío! ¡Oh, encanto mío! ¡Oh, papá suegro! ¡Oh, señor notario!

SAL. Ya te he dicho que la explicación ha sido satisfactoria. ¡Todo es posible en la Naturaleza y nadie puede impedir sus designios! Y ahora vamos á firmar el contrato. Señor notario... ¿Y el señor notario?

ANAS. Está acabando de comerse la cuarta chuleta.
SAL. ¡Claro! Con la noche que ha pasado..
CRIADO Señor. La señora de Montenegro.
CIRO ¡Mi hermana!
SAL. ¡Qué sorpresa, después de haber anunciado su imposibilidad de venir!
CIRO ¿Y sin avisarme?
SAL. Vayamos á recibirla.
CIRO Inmediatamente.
(Marchan rápidos hacia la derecha, por donde aparece Emilia muy elegante en traje de calle y con un enorme sombrero sujeto con dos alfileres larguísimos.)
CIRO ¡Emilia!
AZOR. ¡El diluvio! (Los criados se van.)

ESCENA VIII

DICHOS y EMILIA

SAL. (Con voz mimosa, muy galante, saludando á Emilia.) Señora de Montenegro... ¡Qué amabilidad!... ¡qué amabilidad!... Su carta del veintidós nos robó la esperanza de veros en este día.
EMILIA (Con la misma galantería.) En efecto; no esperaba tener el placer de conocerles y de asistir á esta agradable fiesta de familia.
SAL. ¿Y el pequeño?
EMILIA Tan pequeñito, muy bien. Admirablemente bien.
SAL. Lo celebro infinito. (Aparte.) Es simpática, muy simpática y muy elegante. No creí yo que en Guadalajara se vistiera tan bien.
CIRO (Aparte.) ¡Tiemblo!
AZOR. (Idem.) ¿Cómo saldremos de aquí?
SAL. (A Ciro.) Pero querido yerno... ¿no abraza usted á su hermana?
CIRO Con todo mi corazón. ¡Hermana mía!
EMILIA (Yendo el uno hacia el otro.) ¡Querido hermano! (Aparte mientras se abrazan.) ¿Estás mejor? ¿Quieres que te caliente el té?
CIRO (Idem.) ¿Qué buscas aquí?
EMILIA (Idem.) ¡Mi venganza!
AZOR. (Aparte.) Ahora le ahoga.

EMILIA (Yendo hacia Azorín.) ¡Ah! ¿Pero está aquí el señor Azorín?... Este amabilísimo caballero, á quien tuve el gusto de conocer en Sigüenza (Dándole la mano.) Sinvergüenza.

AZOR. (Saludando embarazadamente.) Señora...

EMILIA (Bajo.) ¡Golfo! (Alto á Ciro.) Veamos; querido hermano, preséntame á tu futura.

CIRO A mi fu...

SAL. (Presentando á su hija.) María Luisa, hija mía, abraza á esta señora.

CIRO No. ¡Es capaz de ahogarla!

M. LUI. Sí, papá.

EMILIA ¡Oh, qué deliciosa criatura! (Abraza convulsivamente á María Luisa.)

M. LUI. (Dando un grito.) ¡Ah!

EMILIA Perdón... He apretado con demasiada fuerza... ¡La quiero á usted tanto!

SAL. (A Emilia.) Formarán un nido delicioso.

EMILIA Es un matrimonio de amor. (Como para sí.) ¡Ah, miserable! (Va junto á Ciro.)

SAL. (Aparte.) Es una mujer hechicera; tiene una distinción exquisita.

CIRO (Bajo á Emilia.) Te juro que es un matrimonio de conveniencia. (Emilia le da un pellizco y Ciro grita.)

TODOS ¿Qué fué?

CIRO Nada.

AZOR. Menudo cardenal debe haberle hecho...

CIRO Una punzada en el... en... creo que anoche me disloqué un poco esta muñeca...

SAL. ¿En el choque?

CIRO No; en el brazo.

SAL. ¿No sabe usted? Anoche han sufrido un accidente cuando venían hacia aquí en un coche. ¡Paf, paf, paf! Un automóvil los pasó por ojo. El señor...

AZOR. Azorín... Juan Azorín.

SAL. El señor Azorín salió descalabrado, y...

AZOR. Sí, un chichón.

SAL. Nosotros también, pues pasamos toda la noche aguardándole para firmar el contrato.

EMILIA ¿De veras? Entonces llego á tiempo...

SAL. Perfectamente... Ha sido providencial... El notario está aquí...

EMILIA ¡Ah!

SAL. ¿Qué fué?

EMILIA ¿El notario? ¿Está aquí el notario?

SAL. ¿Le conoce usted?

EMILIA No.

SAL. (Bajo á Ciro.) Querido: parece que su hermana tiene sacudidas nerviosas.

CIRO No es nada... La alegría... El cansancio del tren...

SAL. Perfectamente. Querido Azorín...

AZOR. Señor Salaverría. (Yendo hacia él y pasando junto al grupo que forman Emilia y María Luisa.) Perdón, señoras.

SAL. ¿Quiere usted llamar al notario?

AZOR. Con mucho gusto. (Al pasar nuevamente junto á Emilia ésta le pellizca.) ¡Ay!

SAL. ¿Qué?

CIRO Nada... nada.

SAL. Sí... la alegría... el cansancio del tren... (A Emilia.) Estará usted algo cansada del viaje. ¿Quiere usted pasar al cuarto de mi hija? (Azorín sale por el fondo.)

EMILIA ¡No, no, no! De ningún modo. Estoy perfectamente, admirablemente Sólo con el placer de veros, de ver á este Ciro.. Muchas gracias, señor Salaverría. (Con amabilidad á Salaverría.) Unicamente, si usted me lo permite, quisiera hablar con él un momento. ¡Hace cinco años que no nos vemos! (Señalando á Ciro.)

SAL. No faltaba más. Lo que usted guste. ¿Quiere usted pasar?

EMILIA No, aquí mismo; son cuatro palabras.

SAL. Como usted quiera.. ¡Ah! ¿Tiene usted apetito? ¿Desea tomar algo? ¿Una chuletita?

EMILIA Nada, nada; las chuletas después; muchas gracias. Después, después.

SAL. (Pasando con los demás invitados hacia el fondo. María Luisa se sienta á la izquierda con sus amigas.) Me parece algo desequilibrada.

EMILIA Querido hermano: Heme aquí... ¿Estás contento?

CIRO (A media voz.) Lita, ¿tú pretendes dar un escandalo?

EMILIA (Idem.) No... Yo respeto las conveniencias sociales y quiero conservar sin tacha el nombre que he de unir al que ha de ser mi marido.

CIRO (Siempre en voz baja.) Tienes razón... Está bien; pero...

EMILIA (Idem.) Te concedo cinco minutos para deshacer tu boda.

CIRO ¡Emilia! ¡Emilia!

EMILIA ¡He dicho! No cejaré en lo más mínimo. ¡No te casarás y no te casarás!

CIRO Emilia, no comprendes...

EMILIA ¡Nada, cinco minutos! Ya puedes figurarte que cuando me he decidido á venir...

AZOR. (Apareciendo por el foro seguido del Notario.) El señor notario. (Movimiento general. María Luisa y las demás señoras se levantan. Anastasio y la criada entran por el foro.)

SAL. Ha llegado el momento solemne de firmar el contrato.

EMILIA (En voz baja á Ciro.) ¡Cinco minutos!

CIRO (Bajo á Emilia.) ¡Imposible!

EMILIA (Bajo.) ¡No firmarás!

CIRO (Idem.) ¡Sí firmaré!

EMILIA (Idem.) ¡¡No lo verán tus ojos!!

CIRO Sí lo verán.

SAL. (Yendo hacia Emilia.) Usted, señora de Montenegro, junto á mi hija. (La conduce junto á María Luisa al extremo izquierda.)

AZOR. (Bajo á Ciro.) ¿Cómo? ¿Se resigna?

SAL. (A Ciro.) Usted, querido yerno, á mi lado. (Pasa al extremo derecha.) Señor Azorín, amigos míos, tomen ustedes asiento. (Todos se sientan menos Azorín.) El señor notario tiene la palabra.

NOT. Ante nos...

EMILIA ¡Ejem! ¡Ejem! (Enseña á Ciro la mano con los cinco dedos extendidos. Pausa.)

SAL. (Bajo á Ciro.) Querido yerno, su hermana le hace señas.

CIRO No haga caso. Todo eso es nervioso. (Bajo.)

SAL. (Idem.) ¡Malditos nervios! (Alto.) El señor notario tiene la palabra.

NOT. (Leyendo.) Ante nos, Santiago Lamela, notario del Ilustre Colegio de Madrid...

SAL. Adelante, adelante...

EMILIA (Mirando su reloj y tosiendo.) ¡Ejem! ¡Ejem! (Enseña los dedos á Ciro.)

SAL. (Bajo á Ciro.) Sigue haciéndole señas.

CIRO (Bajo.) Ya sé lo que es.

SAL. Continúe, señor notario.

NOT. (Leyendo.) Artículo primero: Los esposos declaran...

EMILIA (Levantándose.) ¡Ah!... (Silencio general. Todos la miran con extrañeza. Ella va dulcemente, á pequeños pasos hacia el Notario que la ve venir con la boca abierta y muy intrigado; ella coge un pelo que el Notario tiene en la levita; viniendo hacia delante, sopla el pelo al aire y le sigue con la mirada. Estupefacción general.)

TODOS ¡Oh!... ¡oh!

NOT. ¡Gracias, señora!

SAL. (Bajo á Ciro y muy intrigado.) ¿Qué significa esto?

CIRO (Bajo y con rabia sorda.) Los nervios... la alegría.

SAL. (Bajo.) El cansancio del tren... Es curioso, es curioso.(Se levanta y se acerca á Emilia.) ¿Sufre usted, señora?

EMILIA Gracias, ¿y la de usted?

SAL. Perfectamente.

EMILIA Me alegro. (Salaverría la coge de la mano y la lleva á su silla. Ella se sienta con la mayor naturalidad y como si nada hubiese ocurrido.) ¡Curiosísimo!.. ¡curiosísimo! (Vuelve lentamente á su sitio.)

AZOR. (Durante este juego escénico, bajo á Ciro.) ¿Quieres que vaya á buscar un médico?

CIRO (Bajo.) Vé más bien á buscar la policía.

SAL. (Sentándose.) Continúe, señor notario.

EMILIA (Aparte.) ¿Esto no es bastante? ¡Pues aguarda!...

NOT. (Leyendo.) La señorita María Luisa Salaverría, aporta como dote...

EMILIA (Levantándose de golpe y avanzando al centro de la escena, donde empieza á bailar un zapateado. Todos se levantan y contemplan á Emilia.)

Yo tengo un loro,
yo tengo un loro...

SAL. (Acercándose.) ¿Qué es esto, señora?

EMILIA (Mirándole fijamente.)

Sí... yo lo tengo.

(Gritando.)

Yo tengo un loro,
yo tengo un loro...

(Cantando. Baila graciosamente alrededor de Salaverría que está aterrado. Al terminar el canto, para el baile, hace una graciosa reverencia á Salaverría y se sienta tranquilamente.)

TODOS (Con la mayor sorpresa.) ¡Está loca!

SAL. (Aparte.) ¡Completamente ida!

NOT. ¡I-ni-ma-gi na-ble!

SAL. (Bajo á Ciro.) Está completamente loca.

CIRO (Sofocado. Bajo.) ¡Los nervios!... ¡La alegría!...

SAL. ¡El cansancio del tren!

M. LUI. (Acercándose á su padre. Bajo.) ¡Papá; tengo miedo!

A.J.OR. (Bajo.) Yo también, señor Salaverría.

SAL. (Idem.) ¿Ustedes creen que yo estoy muy seguro de mí mismo? Siéntense ustedes á mi lado... (A los invitados.) ¡No me dejéis solo, mis queridos amigos! Ya se ha calmado. Continúe, señor notario.

NOT. (Leyendo con voz temblorosa.) La seee... ñooo... riii... ta...

EMILIA (Levantándose y dando un grito.) ¡Ah!

TODOS (Levantándose con miedo.) ¿Qué?

EMILIA ¡Ah! (Viene al centro de la escena y da algunos pasos con ademanes trágicos. Luego con la mano derecha se saca una de las enormes agujas que sujetan su sombrero, y acciona, esgrimiéndolo como un puñal.)

Tal recuerdo es el solo que me queda.
Cual mi rival, agitaré irritada,
en mi diestra una antorcha de Himeneo,
de Himeneo, de Himeneo, de Himeneo.
Elevaré mis ruegos y en las aras
que en tan solemne día han de erigirse,
inmolaré las víctimas sagradas.
En sus entrañas mismas, alma mía,
busca el camino de la atroz venganza,
si aun te atreves á hacerlo, y es que aun vive
el vigor primitivo que en tí hallabas;
ahuyenta, pues, los frívolos temores,
é indomable revístete en tu saña,
del Cáucaso con todos los enojos,
y con su viva cólera que espanta...

M. Lui ¡Está loca!

Uno ¡Está chiflada!

Sal. Es imposible firmar hoy el contrato. Es preciso conducir á esta desgraciada á su casa.

Ciro Sí, encerradla.

Not. Que la encierren.

Emilia ¡Ah! (Representando trágicamente.)
Llama, pues, porque vengan en tu auxilio
á los Corintios címbalos...

Sal. ¡Loca, loca!

Emilia (Que ha continuado.) Te ofrezco
un solemne holocausto sobre un cesped
que empapado está en sangre. Por ti encien- [do
con antorchas sacadas de las tumbas,
esos errantes y nocturnos fuegos.

Sal. ¡Qué disparates! (Bajo á Ciro) Llévesela y dentro de tres días en Pasajes, en el restaurant de Cotarelo, le aguardamos.

Emilia (Que no ha cesado de declamar.)
Por tí á merced del aire y esparcidos,
á mi espalda abandono mis cabellos,
con una cinta apenas sujetados,
cual si asistiera á un fúnebre cortejo;
(Avanzando amenazadora hacia todos; pero haciendo que Ciro quede á un lado.)
Por ti este ramo de ciprés sacudo,
en las aguas que corren entre el cieno
de la Estigia mojado, y tan desnuda
la parte superior ves de mi cuerpo,
cual lúbrica bacante.

Sal. (Teniéndola ya encima y viendo que les va á pinchar.)
¡Señora, señora!

Emilia (Esgrimiendo el alfiler.)
Y va mi brazo con el puñal sagrado...

Todos ¡Eh, eh! (Huyen atropelladamente por el foro.)

Emilia En el momento voy á herir...
(Cuando todos se han ido, haciendo una transición á su estado natural, que debe ser de indignación.) ¡Al fin! (Volviéndose á Ciro que apenas se atreve á moverse.) ¡Y, ahora, tú á la calle! (Amenazándole con el alfiler.) ¡A la calle!

Ciro ¡A la calle! (Reculando hacia la derecha.)

Emilia ¡Burlarse de mí es más difícil de lo que tú crees!

CIRO ¡Emilia!... ¡Me la pagarás!

EMILIA ¡Ya ves como tenía razón al quererme dedicar al teatro!

CIRO ¡Ah! Infame, has desbaratado mi boda.

EMILIA Tu boda; ¡ja, ja, ja! ¡No lo verán tus ojos! (Por el fondo asoma la cabeza Salaverria y trás él todos. Ciro sale acosado por Emilia.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala baja, en el restaurant de Cotarelo, en Pasajes. Al fondo, puerta grande, que da á la calle. Dos puertas á la derecha; sobre una, se ve el número 9, sobre la otra el 10. Entre estas dos puertas, un trinchero antiguo, sobre el que hay alguna vajilla. A la izquierda, en primer término, una puerta pequeña, de un corredor que va á la cocina; en segundo y tercer término, dos puertas más, con los números 7 y 8. A la izquierda, primer término, una mesa, servida con tres cubiertos. Un timbre sobre el trinchero. Sillas, cromos en las paredes, etc.

ESCENA PRIMERA

SALAVERRÍA, AZORÍN, MARÍA LUISA, CARMEN. Después, COTARELO

Los tres primeros personajes, están sentados á la mesa, almorzando. Carmen entra por el primer término izquierda, con un plato con frutas y lo coloca en la mesa

M. LUI. Hace usted mal en no comer, papá.

CAR. Coman, coman, pues, los señores.

M. LUI. Estas truchas de Guipuzcoa, son exquisitas. (Ofreciendo.) ¿Otra más, señor Azorín?

AZOR. (Presentando el plato.) Con mucho gusto.

M. LUI. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! Tiene usted buen diente para las truchas.

AZOR. Por afinidad.

M. LUI. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! Sí que es usted un trucha...

CAR. ¿Se tomarán café, pues?

AZOR. Tráigalo usted, pues.

M. LUI. (Riendo á carcajadas.) ¡Ja, ja, ja! ¿Ya construye usted en vascuence?

AZOR. Yo me adapto á todo, pues. (Vase Carmen después de recoger platos sucios, por la primera izquierda.)

M. LUI. Papá, ¿no oye usted?

SAL. (Muy triste y ensimismado.) ¿Qué, hija?

M. LUI. Los chistes del señor Azorín.

SAL. ¿El señor Azorín, haces chistes?...

M. LUI. Sí, muy graciosos.

SAL. Querido amigo, su alegría me aflige: me entristece... Hace tres días que estamos en Pasajes, en el restaurant de Cotarelo, cerca de la frontera... Aquí dimos cita á mi yerno... ¡y mi yerno no ha parecido!

M. LUI. ¡Bah! Ya llegará algún día.

AZOR. (Aparte.) (¡Si no llegara nunca!) (Mira amorosamente á María Luisa.)

SAL. ¿Qué piensa usted de esto, señor Azorín?

AZOR. ¡Oh! Todo requiere tiempo...

SAL. (Muy preocupado.) ¡Ese muchacho se pasa la vida no llegando nunca!

M. LUI. Puesto que estamos á una hora del chalet de tía Rita, ¿por qué no vamos á verla?

SAL. No: de ningún modo. No entrarás en casa de tía Rita, sino del brazo de tu futuro. Así lo exige ella para nuestra reconciliación y así conviene para tu porvenir.

AZOR. Es más solemne.

M. LUI. (Alegremente.) Muy bien. Entonces, no hay más que quedarnos aquí... Yo no me aburro ni un momento... El señor Azorín es tan amable...

AZOR. (Galantemente.) María Luisa...

M. LUI. Hacemos excursiones á caballo...

AZOR. En burro...

M. LUI. Azorín dibuja paisajes fantásticos en mi album... y sobre todo, hace unos chistes tan idiotas, que tienen la mar de gracia.

AZOR. (Finísimo.) Yo no hago más que cumplir mis deberes de amistad... Reemplazo á Ciro, en aquello que me es posible... ¡Si pudiera reemplazarle en todo!

SAL. (Sacando su reloj.) ¡Las doce!... ¡Dios mío, qué tristeza tengo! Vamos... Vuelvo á la estación para ver si llega...

COT. (Entra por el fondo con una carta en la mano.) ¿Señor Salaverría?

SAL. ¿Quién va? ¿Es mi yerno?

COT. Aquí te tienes esta carta.

SAL. (Tomándola rápidamente.) Dame, dame. (Cotarelo sale por el fondo, Salaverría se deja caer en el sillón y lee.) Al señor don Pablo Salaverría, calle de Isabel la Católica, número trece, Madrid. En caso de estar ausente *corríganse* las señas... ¡Corríganse!

AZOR. (Es la ortografía de Emilia.)

SAL. «Señor: renuncio á la mano de su *higa*»...

M. LUI. (Con alegría.) ¡Ah! ¡Por fin!

SAL. «Puede usted disponer de ella como *juste*. Aquí está la jota. Todo ha terminado entre nosotros. Ciro Pidal.»

M. LUI. ¡Una ruptura!

AZOR. (¡Qué alegría!)

SAL. (Leyendo.) «*Post scriptum:* Quemar esta carta sin leerla.» (Aterrado.) ¡Sin leerla!

AZOR. ¿Cómo? ¿Sin leerla?

M. LUI. Eso es burlarse de usted.

AZOR. (Levantándose.) ¡Indudablemente! Se burla de usted... (Salaverría y María Luisa se levantan también abandonando la mesa.)

SAL. (Exasperado.) ¡Tiene gracia el imbécil! Después de habernos hecho recorrer setenta leguas para venir á aguardarle!...

AZOR. (Como tomando una súbita resolución coge su sombrero y se pone rápidamente un guante.) Señor Salaverría...

SAL. (Triste.) ¡Querido amigo!

AZOR. Espere que acabe de ponerme el guante.

SAL. ¿Para qué?

AZOR. Ya está... Hasta este momento, la delicadeza me ha obligado á tener abrochado el chaleco y disimular ciertos sentimientos que al fin me son permitidos descubrir...

SAL. ¿Qué es eso del chaleco, querido Azorín?

AZOR. (Cortesmente.) Puesto que Ciro retira su candidatura, yo me siento enorgullecido al pro-

poneros la mía. ¡Tengo el honor de pediros la mano de vuestra hija!

M. LUI. (Alegre.) ¡Ah!

SAL. (A Azorín.) ¡Caballero: esta distinción me honra! Pero, ¿usted es hombre de posición?

AZOR. (Con aplomo.) No.

SAL. ¿Algún porvenir?

AZOR. Todo... todo el porvenir lo tengo ante mí. (En el mismo tono.)

SAL. Pero... El caso es que mi hija ha de entrar en casa de su tía, del brazo de su prometido...

M. LUI. ¡Papá! (Se arroja al cuello de Salaverría.)

AZOR. ¡Señor Salaverría! (Forman un grupo. María Luisa y Azorín, abrazan á Salaverría, que está muy conmovido. Pausa. Fuera se oye la voz de Ciro.)

CIRO (Dentro con voz alegre.) ¿En la sala? Bien, bien...

SAL. ¿Esa voz?

M. LUI. (Separándose de su padre. Con desilusión.) ¡Dios mío!

AZOR. (El mismo juego.) ¡Nos ha fastidiado!

ESCENA II

DICHOS y CIRO

Ciro entra apresuradamente por el foro. Viene en traje de viaje y con un maletín que deja al entrar en la silla que hay al lado de la puerta

CIRO (Al entrar con un grito de alegría.) ¡Al fin!

TODOS ¡El es!

CIRO (Transportado de alegría, corre del uno al otro, queriéndolos abrazar.) ¡Oh, amor mío, encanto mío! ¡Me han aguardado!

SAL. (Deteniéndole.) ¡Caballero!

CIRO María Luisa...

M. LUI. (Deteniéndole.) ¡Caballero!...

CIRO Azorín...

AZOR. ¡Caballero! (Deteniéndole.)

CIRO (Embarazado pero riendo forzadamente.) Señores...

SAL. (Enseñándole la carta.) ¿Se atreve usted, después de esta carta?...

CIRO (Riendo.) ¡Ah, sí! Pero ¿no ha leído usted el *post scriptum?*

SAL. Caballero: una postdata, se lee después de una carta.

CIRO (Riendo.) Es verdad... Debiera haberla puesto al principio.

SAL. ¿Qué viene usted á hacer aquí?

CIRO ¿Que qué vengo á hacer? A casarme con su hija, con más deseos que nunca.

TODOS ¿Cómo?

SAL. Caballero... ¡yo no puedo consentir!...

AZOR. Eres un desahogado.

M. LUI. ¡Todo esto es una burla indigna!

CIRO ¿Qué?... ¿Pero no han comprendido? Esa carta ha sido una exigencia de mi hermana. (Con tristeza.) ¡De mi pobre hermana! ¡Pobre hermana mía! Ya está en su casa.

SAL. Explicaría usted al señor de Montenegro...

CIRO ¡Ese es el causante de todo! Un viejo indiano acostumbrado á apalear negros; un tipo odioso y grosero... Por esto ella, ante la idea del matrimonio, que tan desgraciada la ha hecho, se extravía y sufre verdaderos ataques de locura. Sólo de escuchar la palabra contrato se estremece; ya vió usted el efecto.

SAL. Sí, sí.

Yo tengo un loro;
yo tengo un loro...

CIRO Para aplacarla, me ví en la necesidad de escribir esa carta que ella misma se empeñó en echar al correo.

SAL. ¡Esto varía! Yo pensaba... Es imposible que mi yerno ..

M. LUI. (Aparte.) ¡Qué contrariedad! ¡Yo creo que se burla de nosotros!

AZOR. (Aparte.) ¡Tengo mala sombra!

SAL. ¡Pobre señora!...

CIRO Ahora podemos estar tranquilos. Creo que no volverá á interrumpir nuestros planes.

AZOR. (Aparte.) ¿Dónde la habrá enterrado?

CIRO No perdamos un momento. ¡A casarnos!

SAL. Partiremos inmediatamente para el chalet de tía Rita. (Yendo hacia él.) ¡Azorín! Querido

amigo... vuélvase á abotonar el chaleco y tenga la bondad de correr en busca de un coche.

M. LUI. ¡Que lástima!

AZOR. Pero...

SAL. Vamos, amigo, vamos.

CIRO ¡Anda, hombre, anda! Te quedas ahí embobado... (A Salaverría.) Yo quisiera lavarme y arreglarme un poco.

SAL. Al momento... ¡Carmen! ¡Carmen!

CAR. ¡Ya vengo corriendo, señor! (Entra primera izquierda.)

SAL. Corriendo, ¿eh?

CAR. ¿Qué te desea el señor?

SAL. Una habitación para este caballero.

CAR. Aquí te tienes el número siete.

CIRO Bueno, bueno.

SAL. Tráigame agua caliente para afeitarme.

CIRO Y á mí. No me he afeitado hace tres días.

CAR. Ya te tienes que esperar pues.

SAL. Bien, mujer, cuando tú te quieras pues. (Sale Carmen primera izquierda.) Hasta ahora.

CIRO Hasta ahora. Adiós, amor mío, encanto mío.

M. LUI. No sabe decir más que eso.

SAL. Vamos, María Luisa. (Viendo á Azorín que muy triste los observa á todos.) Pero todavía está usted aquí.

AZOR. (Saliendo por el foro. Aparte.) A mí sí que me han hecho la barba. (Salaverría y María Luisa salen por la izquierda segundo término.) Adiós, María Luisa!

M. LUI. ¡Adiós, Azorín!

ESCENA III

CIRO; después COTARELO

CIRO (En el momento que todos se han marchado se frota las manos y salta canturreando con loca alegría.) ¡Libre!... ¡libre! ¡No más Emilia! Al fin he podido desprenderme de ella: la he dejado en el gabinete de *toilett* del restaurant del Monte Ulía... ¡Qué serie de peripecias!... Al salir de casa de mi suegro, caminé al azar. Emilia

me siguió. Pensé tomar el exprés del Norte, y de este modo libertarme de ella; pero no... A Emilia, le pareció una idea excelente. Llegamos á San Sebastián, y en tres días no he podido desprenderme un instante de ella... Esta mañana tuve una idea: invitarla á comer al Monte Ulía. Mientras preparaban el almuerzo la dije: Estás muy despeinada, pasa al tocador. Apenas entró, eché la llave a la puerta, (Enseñándola.) y como alma que lleva el diablo, no he parado hasta llegar aquí. (Cogiendo su maletín.) ¡Vamos, pronto el agua caliente!

COT. (Entrando por la primera izquierda con un cacharro lleno de agua caliente.) El agua para el señor de la Salaverría.

CIRO Perfectamente. (Coge el cacharro.)

COT. Pero, caballero...

CIRO El número siete. (Mirando la puerta y yendo hacia ella.) ¡El Monte Ulía! ¡El Monte Ulía! (Mutis por la puerta siete.)

COT. Ya estás loco; te hablas solo.

ESCENA IV

COTARELO; después EMILIA

COT. (Arregla las sillas y la mesa.) ¿Qué le ocurriría pues en el Monte Ulía? Parece un fugitivo...

EMILIA Este es el restaurant de Cotarelo.

COT. ¡Una viajera!

EMILIA ¡Un cuarto!... ¡Un gabinete!

COT. (Indicando la segunda puerta de la deracha.) Te tienes el nueve que te comunica con el diez.

EMILIA (Muy agitada.) ¡Canalla! ¡Miserable!

COT. ¿Cómo? también tú te eres loca.

EMILIA (Marchando hacia el cuarto con agitación.) ¡Oh, el Monte Ulía! ¡el Monte Ulía!

COT. ¿Esta también? ¡Demonios! Pero ¿qué diablos les habrá ocurrido en el Monte Ulía? (Mutis primera izquierda.)

ESCENA V

EMILIA

¡Oh, que infamia! Encerrarme en aquel tocador. ¡Canalla! Mientras tanto él habrá salido de San Sebastián, y con seguridad está aquí ya. Salaverría dijo que en el restaurant de Cotarelo lo aguardaban, y aquí estoy. (Va á entrar por la derecha y se contiene al ver á Salaverría.)

ESCENA VI

EMILIA y SALAVERRÍA

SAL. (Saliendo á escena por la izquierda con la toalla al cuello y la navaja de afeitar en la mano.) Pero ¿qué es esto? ¿Y mi agua caliente?

EMILIA ¡El suegro!

SAL. (Estupefacto.) ¡La señora de Montenegro! (No está en Sigüenza: se ha escapado.)

EMILIA (Yendo haciá él.) Ciro... ¿dónde está Ciro?

SAL. (Amedrentado.) No sé... Yo estaba ahí dispuesto á afeitarme...

EMILIA Usted pretende casar á su hija con ese Ciro. Hablemos francamente. (Le quita la navaja.) Usted creerá que yo estoy loca.

SAL. ¡De ningún modo! (Aparte.) ¡Friolera!

EMILIA Ciro es un farsante que sólo busca en su hija el dinero. Un pelagatos, que hace cinco años promete á una mujer casarse con ella, y la deja plantada...

SAL. (Aparte.) Pues está poniendo bueno á su hermano.

EMILIA (Aparte.) Con este viejo imbécil no lograremos nada.

SAL. (Yendo hacia ella.) Vamos, cálmese usted.

EMILIA ¡No me toque!

SAL. El señor de Montenegro ha sido cruel para usted.

EMILIA (Marchando hacia Salaverría que retrocede.) ¿A mí qué me importa el señor Montenegro? Yo le prohibo solemne, formalmente, el casar á su hija con ese trapisonda de Ciro; si no...

SAL. (Buscando el medio de calmarla.) Tranquilícese usted... Sea razonable... No se casarán. (Aparte.) ¡Estoy aterrado!

EMILIA ¿Dónde está? Necesito verle.

SAL. (Señalando la izquierda.) Ahí. (Alto, indicando la segunda puerta de la derecha.) Creo que está en ese cuarto.

EMILIA (Yendo hacia la derecha.) Bien. ¡Pero como mienta!...

SAL. (Aterrado.) Entendido, entendido.

(Emilia hace mutis por segunda derecha.)

ESCENA VII

SALAVERRÍA, después CIRO

SAL. ¿Y se lleva mi navaja? Esta es capaz de hacer una fechoría... Encerrémosla pronto. (Echa una vuelta de llave á la segunda puerta derecha.) Ahora largo de aquí...

CIRO (Asomando con la toalla al cuello por la izquierda alegremente.) ¿Con quién habla usted, papá?

SAL. ¡Oh, querido! ¡Si usted supiera!

CIRO ¿Qué?

SAL. Nada... ya se lo contaré.. Voy á buscar á mi hija y el equipaje. Es preciso que se casen ustedes esta tarde. (Entran rápidamente por la izquierda.)

EMILIA (Que aparece por la primera puerta derecha.) ¿Esta tarde?... Primero me hacen picadillo...)

ESCENA VIII

CIRO y EMILIA

CIRO ¡Es lo que estoy deseando! (Riendo y turbado.) Pero ¿qué le pasa á este hombre?

EMILIA (Cruzada de brazos, con triste ironía.)

Yo tengo un loro,
yo tengo un loro...

CIRO (Volviéndose.) ¡Lita!

EMILIA (Avanzando hacia él con los dientes apretados.) ¡Gracioso! ¡Gracioso!

CIRO (Muy turbado.) Está bien.

EMILIA De manera que me dejas encerrada en el tocador, y te llevas la llave de la puerta...

CIRO (Siempre turbado.) ¿Yo? Fué el viento.

EMILIA ¡Imbécil!

CIRO (Aparte y quitándose la toalla que estruja entre sus manos.) ¡Cómo demonios ha podido llegar aquí!...

EMILIA Y tú, erre que erre, en tu matrimonio con la señorita de los tapones.

CIRO No, no... Yo no me caso más que contigo... He venido á buscar mis papeles.

EMILIA ¡Guasón! El viejo está aquí; acabo de verle ahora mismo.

CIRO *(¡Tableau!)*

EMILIA Acabo de hablar con él.

CIRO (Tomando una resolución y arrojando la toalla.) ¡Bueno! ¡Bien! ¡Qué diablo! Después de todo, yo soy libre. Una promesa, unos años de relaciones, todos los juramentos imaginables, no constituyen un lazo eterno. Me casaré con quien me dé la gana.

EMILIA ¡No lo verán tus ojos!

CIRO Estoy convencido.

EMILIA Sólo te falta una cosa para esto.

CIRO ¿Cuál?

EMILIA Mi consentimiento.

CIRO (Riendo.) Me haces reir. ¿Es usted mi madre, mi tía, mi institutriz?

EMILIA Yo soy... una mujer.

CIRO Ya lo veo.

EMILIA Una mujer, que te prohibe, una vez más, casarte.

CIRO Me casaré.

EMILIA ¡Qué terquedad! ¿Cuántas veces te he de decir que no lo veran tus ojos? ¿No estás aún convencido de lo inútil de tus maquinaciones? (Con reproche.) Me has hecho olvidar lo que me debo á mí misma; me has obligado á hacer mil locuras, y, en este camino, poco me importa recurrir á los medios más ex-

travagantes. Por última vez te repito, que, si no me matas, no lograrás casarte... Salgamos de aquí ahora mismo; sino lo haces, yo te juro que te obligarán á salir quieras ó no.

CIRO (Riendo con sarcasmo.) ¿Cómo? ¿Quién me va á obligar?

EMILIA ¿Quién? (Va al trinchero y toca el timbre.) Es muy sencillo.

ESCENA IX

DICHOS y COTARELO

COT ¿Han llamado ustedes, señores?

EMILIA ¿Hay en este pueblo puesto de policía ó de la Guardia civil?

CIRO ¿Qué irá á hacer?

COT. ¿Pues qué te quieres con la Guardia civil?

EMILIA Necesito hablar con una autoridad cualquiequiera; con el juez, con el jefe, con el alcalde.

COT. Ha ocurrido un accidente en la frontera, y allá se han marchado todas las autoridades... Pero si te es á usted lo mismo, yo te estoy concejal de la casa ayuntamiento y...

EMILIA Perfectamente. Arreste usted á ese caballero.

CIRO ¿A mí?

COT ¿Qué delito ha cometido?

EMILIA Un asesinato. Esta mañana á los once y veinticinco ha precipitado á una mujer desde lo alto del Monte Ulía al mar.

CIRO ¿Yo?

COT. Ahora me entiendo lo del Monte Ulía. Ya te tienes cara de asesino.

CIRO Oiga usted, señor mío.

COT. ¡Silencio!

CIRO Pregunte usted á la señora cómo se llama la mujer asesinada.

EMILIA Emilia.

COT. ¿Y qué testigos tiene usted?

EMILIA Yo misma.

CIRO — Delicioso.

COT — Señor criminal...

CIRO — ¿Quiere usted dejarme? Pregunte usted á esa señora cómo se llama.

EMILIA — Soy la señora de Montenegro.

CIRO — ¿Cómo? No es verdad.

ESCENA X

DICHOS y SALAVERRÍA con unos paquetes

SAL. — (Entra por la izquierda y al ver á Emilia dice:) ¡La señora de Montenegro! Ya se han encontrado.

CIRO — (Mi suegro. Esto se va complicando.)

EMILIA — (Que ha observado la turbación de Ciro.) Muchas gracias, querido Salaverría.

SAL. — (Saludando.) Señora... (Ahora está más calmada.)

EMILIA — (A Cotarelo.) ¿Usted responde de este hombre? (Señalando á Ciro.)

COT. — Yo no estoy con atribuciones; pero estando salido del pueblo las autoridades...

EMILIA — Usted responde de él, ó de lo que pueda suceder.. ¡Se trata de un crimen horrible! (Aparte, saliendo.) Veremos cómo sales de esta. (Entra por la segunda derecha.)

COT. — ¡Parece mentira!

ESCENA XI

SALAVERRÍA, CIRO y COTARELO

SAL. — (Con interés.) ¿Qué es lo que ha dicho de las autoridades?

CIRO — Querido suegro, yo...

COT. — Caballero: se ha cometido un crimen: están una acusación y testigos: yo hago mi deber, voy á avisarte al puesto de la Guardia civil. Si usted pretende escaparse... (Le enseña el puño.) la ley ya me da atribuciones para esto pues.

CIRO Pero...

SAL. (Asustado, yendo hacia Cotarelo.) ¿Qué está usted diciendo?

COT. Ese hombre ha sido el asesinador de Emilia. (Vase cerrando la puerta.)

ESCENA XII

CIRO, SALAVERRÍA: después COTARELO

SAL. (Cada vez más asustado.) ¿Qué dice ese animal?

CIRO Nada... es... mi hermana... Una nueva locura que va á retardar nuestro asunto. Ahora me acusa de haber asesinado á una mujer.

SAL. Pero eso es absurdo. Yo voy ahora mismo á explicar... (Va hacia la puerta del fondo y abre. En el momento de abrir aparece Cotarelo.)

COT. De aquí no se sale.

SAL. Pero, hombre...

COT. Usted estaba con el señor asesino, y puede estar su cómplice. El señor sargento se encargará de arreglarlo todo pues.

SAL. ¡Por vida de!...

COT. De aquí no te sales, te digo. (Cierra la puerta.)

ESCENA XIII

DICHOS. Después MARÍA LUISA y después AZORÍN

SAL. Es muy desagradable todo esto. Yo iba á casa de tía Rita... Su hermana nos compromete de un modo atroz.. ¿Qué haríamos para desprendernos de ella?

M. LUI. (Entrando por la izquierda.) Papá, ¿pero dónde está Azorín?

CIRO (Dándose un golpe en la frente al ver á María Luisa.) Aguardad... Tengo un medio.

M. LUI. Papá...

SAL. (Yendo hacia ella.) Calla, que hay un medio.

CIRO Para probar que Emilia no ha muerto, es necesario presentarla viva.

SAL. Seguramente.

CIRO — Llame usted á Cotarelo y le presentamos á María Luisa con el nombre de Emilia.

SAL. — (Encantado.) Muy bien, muy ingenioso.

M. LUI. — ¿Qué, papá?

SAL. — Calla. (Llamando en la puerta del fondo.) ¡Eh, amigo!

COT. — (Abriendo.) ¿Qué hay?

SAL. — Hay, que esa señora que ha acusado á mi yerno, tiene la cabeza completamente ida.

COT. — ¡No insultes á los testigos pues!

SAL. — Yo los respeto; pero la infortunada á quien se cree difunta está aquí con perfecta salud. (Indicando á María Luisa.)

COT. — ¿Esta señorita?

CIRO — Sin duda.

SAL. — (Haciendo avanzar á María Luisa.) Emilia Salaverría, mi hija.

COT. — (Preguntándole.) ¿Usted es?...

CIRO — (Estamos salvados.)

AZOR. — (Entrando vivamente por el fondo y dirigiéndose á María Luisa.) María Luisa... María Luisa, he encontrado un caballo magnífico para usted.

CIRO y SAL. — (¡Ah, bandido!)

COT. — ¡María Luisa! ¿Esta señorita estar María Luisa?

CIRO y SAL. — No, señor.

AZOR. — (Alegremente.) ¿Cómo que no?

COT. — (Escamado.) ¡Emilia!... ¡María Luisa!... ¡El monte!... Yo los prendo á todos.

AZOR. — Pero...

COT. — De este modo no se escapa ninguno. (Sale por el fondo y cierra la puerta.)

ESCENA XIV

MARÍA LUISA, SALAVERRÍA; CIRO, y AZORÍN

CIRO — (Dando un puñetazo á Azorín y amagando más golpes.) ¡Animal!

SAL. — (El mismo juego.) ¡Bestia!

CIRO — (Idem.) ¡Imbécil!

AZOR. — (Aturdido.) ¿Pero qué es esto?

CIRO — ¡Nos has perdido!

SAL. Acusan á mi yerno de haber asesinado á Emilia.

M. LUI. (Espantada.) ¡Ah, papá!

AZOR. (A Ciro.) ¡Desgraciado! ¡Es posible! ¿La has asesinado?

SAL. ¡Anda...!

CIRO ¡Lo está enmendando!

AZOR. Yo me decía: ¿cómo demonio se las habrá arreglado?

SAL. (Aterrado.) ¡Ah! ¿Entonces es cierto?

AZOR. (Indignado.) ¡Y tan cierto!

M. LUI. ¡Qué miedo!

SAL. ¡Qué horror!

CIRO (Yendo hacia Salaverría.) ¡Papá!

SAL. ¡No, no os acerquéis á mí!

M. LUI. (Cogiendo á su padre por un brazo.) Vámonos. (¡Un asesino!)

SAL. Sí, hija mía. (A Ciro, trágicamente.) ¡Yo os emplazo ante la justicia humana! (Salaverría y María Luisa entran rápidamente por la izquierda. Azorín va á seguirlos, pero Ciro le detiene.)

ESCENA XV

CIRO y AZORÍN

CIRO ¡Azorín!

AZOR. No os acerquéis.

CIRO (Remedando á Salaverría.) ¡Imbécil! ¡Idiota! ¿Pretendes tú continuar la farsa? Habia conducido á Emilia al Monte Ulía con ánimo de desembarazarme de ella; pude escapar, pero inútilmente; está aquí. (Señalando á la puerta de la derecha.)

AZOR. ¡Ella...! ¿Está aquí?

CIRO Sí. Y ha inventado esta farsa del asesinato para desbaratar mi matrimonio. Tú me vas á salvar.

AZOR. (Friamente.) ¿Yo?

CIRO Vas á buscar á Cotarelo, y le vas á convencer de que esta mujer es Emilia, que tú la conoces perfectamente.

AZOR. Querido... yo apenas la conozco.

CIRO Tú sabes bien...

AZOR. Casi nada... debes comprender... mi lealtad, mi conciencia... ¡Es un asunto muy delicado...!

CIRO Pero, ¿cómo? ¿Serás capaz...?

AZOR. ¡Es un asunto muy delicado!

CIRO Pero, ¿me vais á volver loco?

AZOR. ¡Excesivamente delicado! (Entra por la izquierda.)

ESCENA XVI

CIRO y después EMILIA

CIRO (Viéndole salir y admirado.) ¡Oh! ¡Sinvergüenza! Indudablemente le está haciendo el amor á mi prometida... ¿Y qué hago?

EMILIA (Entra por la primera derecha.) (Lo he oído todo.)

CIRO (Yendo hacia ella, decidido.) ¡Lita! ¿Quieres cuanto yo tengo? ¿Quieres que te ponga una tienda de sombreros? ¿Un estanco? ¿Quieres que te compre un automóvil?

EMILIA ¡Nada de eso da la felicidad! Además, no tienes dinero.

CIRO ¡Es verdad!

EMILIA ¡Además, que todo eso no dice nada á mi corazón!

CIRO ¡Qué testarudez! ¿Quieres que me case contigo?... Pero si yo cometiera tal disparate te haría muy desgraciada... Yo te... (Con ademán de pegar.)

EMILIA Hay mujeres que adoran eso.

CIRO (Muy colérico.) Pero ¿no contestas?

EMILIA El silencio es la más bella virtud de la mujer.

CIRO Yo te haré hablar; yo haré que declare tu nombre. (Va á la mesa y toca el timbre.)

EMILIA (Tranquilamente.) ¡Si supieras qué curiosidad tengo por conocer tus planes! (Se sienta á la derecha.)

ESCENA XVII

DICHOS y COTARELO

COT. (Entrando por el fondo.) ¿Han llamado los señores criminales?

CIRO Sí, señor. Necesito hacer una revelación.

COT. ¿Revelaciones? (Tomando actitud de juez.) Ya te escucho.

CIRO Tengo necesidad de aliviar mi conciencia.

COT. Muy bien.

CIRO Tengo que declarar que en el asesinato del Monte Ulía he tenido un cómplice.

COT. ¿Un cómplice? ¿Quién?

CIRO (Señalando á Emilia.) Esta señora.

EMILIA (¡Ah!) (Sin inmutarse se levanta.)

COT. ¿Ella que os ha denunciado?

CIRO Para tener menos delincuencia. (Bajo á Emilia.) Ahora no tienes más remedio que decir tu nombre.

EMILIA (Bajo.) Puede ser. (Yendo hacia Cotarelo.) Yo también necesito hacer revelaciones.

COT. (Con indignación.) ¿Cómo, señora?

EMILIA (Fingiéndose arrepentida.) Mi conciencia no me deja vivir. Siento horribles remordimientos. (Ocultando la cara entre las manos.)

CIRO (Petrificado.) ¿Qué irá á hacer?

COT. Hable, pues.

EMILIA (Con los ojos bajos.) La víctima era su amante... ya no se amaban, pero yo tenía celos... Los dos la invitamos á almorzar en el Monte Ulía, y estando en la Peña del Ballenero, mientras ella cantaba: «Al ver en la inmensa llanura del mar...» cada uno la cogimos de una pierna y... ¡patapúm! (Haciendo el gesto de lanzar.) ¡la despeñamos!

COT. ¡Jesús y María! (Horrorizado llevándose las manos á la cabeza.)

CIRO (Gritando indignado.) ¡Eso es mentira!

EMILIA Ahí en mi cabás puede usted encontrar sus papeles, sus alhajas, el pañuelo...

COT. ¡Asesinato y robo!

CIRO — (A Emilia.) ¿Pero no piensas en la responsabilidad de lo que estás diciendo?

EMILIA — (Respirando con satisfacción.) ¡Ah! ¡Qué tranquila me encuentro! ¡Qué peso he quitado de mi conciencia!

CIRO — (Aparte, sofocado.) (¡Qué mujer!)

EMILIA — (A Cotarelo.) Ahora solo le pido una gracia: que me arreste con él.

COT. — Naturalmente que te prendo.

EMILIA — (Con intención y cogiendo á Ciro de la mano.) Que me conduzcan con él de pueblo en pueblo hasta Ceuta, si ese es nuestro destino...

CIRO — (¿Por qué no me moriré de repente?)

COT. — Poco han de tardar ya en conduciros. Hace un rato que he telegrafiado á San Sebastián.

EMILIA — (Con un suspiro de satisfacción.) ¡Tanto mejor!

ESCENA XVIII

DICHOS; SALAVERRÍA, MARÍA LUISA, AZORÍN; después un CABO de la Guardia civil

SAL. — (Entra por la izquierda seguido de María Luisa y Azorín. Los tres llevando su equipaje.) ¿Quiere usted ver nuestros documentos?

COT. — ¿Para qué? Están ustedes en libertad. Los culpables han confesado.

SAL. — ¡Qué horror!

M. LUISA — ¿Los dos son culpables?

AZOR. — ¡Vaya un amigo!

SAL. — ¿La señora de Montenegro también?

EMILIA — ¡Un instante de exaltación!

SAL. — (Indignado.) ¡Qué familia!

CIRO — (Yendo hacia Salaverría.) ¡Padre!

SAL. — No me nombréis... ¡Azorín, querido amigo, desabrochaos el chaleco! Mi hija entrará en casa de su tía apoyada en vuestro brazo.

M. LUISA — ¡Qué bueno eres, papá!

AZOR. — ¡Oh, amor mío, encanto mío!

CIRO — (Perdiendo toda esperanza.) Bien; yo renuncio á mi matrimonio... (A Azorín.) Pero, por lo menos, Azorín, declara la verdad.

AZOR. — Amigo mío, es muy delicado.

CIRO (Arrojándose sobre él.) ¡Pero idiota!

COT. (Horrorizado y deteniéndole.) ¡Esto es una grande fiera!

SAL. (A Cotarelo.) ¡Detenedle!

EMILIA (Yendo junto á Salaverría.) Si yo declaro ser Emilia Berlanga, viuda de Rebolledo, ¿me creerá usted?

COT. No hay Berlanga ni Rebolledo que valga.

EMILIA (A Salaverría.) ¿Usted tampoco?

SAL. De ningún modo. Usted es la señora de Montenegro.

EMILIA Bien. Y si yo agrego que tomé ese nombre para impedir el matrimonio de Ciro, cuyo corazón es mío desde hace cinco años, ¿tampoco me creeréis?

SAL. Vamos, señora... (Haciendo el gesto indicador de la locura.)

EMILIA (A Cotarelo.) ¿Usted tampoco me cree?

COT. Yo no te creo ni una sola palabra.

CIRO ¡Acabarán por volvernos locos!

EMILIA (Con dulzura.) ¡No puedo hacer más! (Cogiendo á Ciro de la mano.) Vamos: que nos conduzcan al puesto de policía.

SAL. ¡Atadlos; atadlos! (Aparece en la puerta el Cabo de la Guardia civil.)

CABO Acabo de recibir este telegrama.

COT. Justamente; he aquí al caballero civil que trae la respuesta á mi despacho. (Tomando el telegrama y leyendo.) «No se ha cometido asesinato alguno en el Monte Ulía, ni en ningún otro punto de la provincia.» (Interrumpiéndose.) ¡Ah! (Continuando la lectura.) «El denunciante debe ser algún loco de esa localidad ó algún mal intencionado que desea cumplir una venganza. Por si fuera esto último, deténganlo hasta nueva orden.»

TODOS ¡Ah!

CABO ¡Eche usted para adelante!

COT. ¡Ayude usted á la justicia! (Mutis.)

SAL. ¿Conque todo esto era... es decir, no era nada?

EMILIA (Cogiendo á Ciro de la mano.) No hay más que otro matrimonio. (Mirando á Ciro fijamente.) ¿No es verdad?

CIRO (Abatido.) ¡Sí! (Con amenaza.) Pero... (Haciendo un gesto terrible.)

EMILIA Hay mujeres que aman el rigor.

SAL. (Indignado, aparte.) (Se casa con su hermano. ¡Qué familia!)

AZOR (Dos matrimonios de inclinación.) (Coge á María Luisa de la mano.)

EMILIA (Cogiendo á Ciro del brazo.) ¿A Madrid á casarnos?

CIRO No; á París.

EMILIA ¿Por qué?

CIRO Porque hay que llenar menos formalidades.

EMILIA Gracias, Ciro.

CIRO (Y además porque allí existe el divorcio.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Enrique F. Gutiérrez

La modelo. Diálogo en escena.
Géneros del reino. Revista cómica.
¡*Miedo*!... Cuadro de costumbres catalanas.
¡*No lo verán tus ojos*! Comedia en tres actos.

Obras de Florencio Riol

La Baronesa de Villiers. Comedia en un acto.
¡*No lo verán tus ojos*! Comedia en tres actos.

Vto



Precio: DOS pesetas